

# ROBERTINO

Mi maestro Sarmiento

Robertino vivía en un conventillo y trabajaba todos los días aunque era apenas un niño. Domingo Faustino Sarmiento había dejado la presidencia de la Nación hacía unos años. Estos dos personajes que pertenecían a mundos muy alejados entre sí, se encontraban muchas veces durante la semana porque Robertino lustraba botas en la entrada de un bar que Sarmiento frecuentaba. Robertino llamó la atención del gran sanjuanino. Esta historia cotidiana relata cómo Sarmiento y Robertino hicieron planes juntos mientras tomaban un rico café con leche con tostadas en aquel bar de la Buenos Aires antigua.

UN LIBRO ES ALGO ÚNICO  
NO ACEPTES FOTOCOPIAS

ISBN 978-987-4007-61-2



# ROBERTINO

Mi maestro Sarmiento

Fernando Onetto

ROBERTINO: MI MAESTRO SARMIENTO



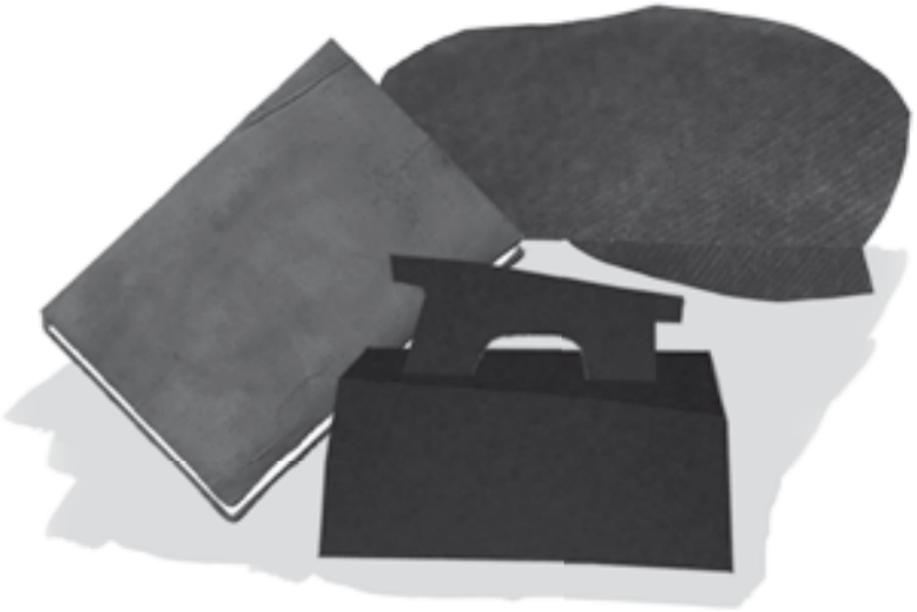
**Fernando Onetto**

Ilustraciones: Ana Mac Donagh



# ROBERTINO

Mi maestro Sarmiento



**Fernando Onetto**

Ilustraciones: Ana Mac Donagh



EDITORIAL HOLA CHICOS

Av. Callao 1121 4° "D" (1023) CABA, Argentina

Tel. / Fax (011) 4812-1800 / 4815-1998

e-mail: holachicos@editorialholachicos.com.ar

www.holachicos.com.ar

ROBERTINO

Autor: Fernando Onetto

Ilustraciones: Ana Mac Donagh

Diseño de tapa e interior: Donagh I Matulich

ISBN: 978-987-4007-61-2

Impreso por Producciones Gráficas S.A.

Abril 2019

Onetto, Fernando Luis

Robertino : mi maestro Sarmiento / Fernando Luis Onetto ; ilustrado por Ana Mac Donagh. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hola Chicos, 2019.

72 p. : il. ; 20 x 12 cm. - (Nuestra Patria)

ISBN 978-987-4007-61-2

1. Narrativa Infantil Argentina. 2. Historia Argentina para Niños. I. Mac Donagh, Ana, ilus. II. Título.

CDD A863.9282

©2019 H olaChicos SRL

Quedahechoel depósi to que establece la Ley 11.723  
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



# ÍNDICE

<b>Robertino</b> . . . . .	5
<b>El compadrito</b> . . . . .	15
<b>Y la banda está de vuelta</b> . . . . .	21
<b>Sarmiento</b> . . . . .	31
<b>La dama de la capelina blanca</b> . . . . .	47
<b>Todos juntos a la caída del sol</b> . . . . .	61
<b>Sobre el autor</b> . . . . .	69



# ROBERTINO

Robertino se sentó en un banquito sobre los azulejos de la vereda, debajo de la marquesina de un bar porteño, cuando Buenos Aires comenzaba a ser una gran ciudad. Todos los días, por la mañana, bien temprano, estaba allí sentado. Para él no existían los días de descanso, exceptuando los pocos días feriados en los que el bar cerraba sus puertas. Llevaba una gorra gris de franela con una viserita que le tapaba un poco sus ojos negros y brillantes. Nubecitas de vapor salían de su boca porque el frío era intenso en Buenos Aires. Sacó su pequeño cajón de lustrabotas

en el que tenía la cera para hacer brillar el charol de las polainas, la grasa para el cuero de las botas de caña, las franelas y los cepillos. Las mujeres no se lustraban los zapatos en público, pero él no podía olvidar la mirada bondadosa de una mujer vestida con una capelina blanca sobre sus hombros, que había entrado unas semanas atrás en el café. Tenía grabados aquellos breves momentos.

—¿Cómo te llamás? —dijo la dama de la capelina blanca deteniéndose en la puerta del bar. No era común ver a las mujeres entrar en los bares, ella venía acompañando a un caballero con bigotes finos, Robertino sabía que lo llamaban “el diputado”.

—Me llamo Robertino, señora —respondió levantando la cabeza.

—¡Qué lindo nombre! ¿Sos italiano?

—Mis padres son italianos, yo nací aquí...

Interrumpiendo sus recuerdos, alguien se sentó a su lado. Sus piernas flacuchas se apretaron para acomodarse la falda cuando estuvo sentada. Robertino hizo una mueca diciendo:

—¡Uyy! ¡Cayó piedra!

—Callate que yo sé que estás contento de verme —dijo Pilar con una sonrisa pícara. Se terminó de alisar la falda y dejó a su lado una cesta con unas roscas bañadas en azúcar, receta española que cocinaba su mamá. La niña tenía 11 años, la nariz colorada y llevaba un pañuelo azul al cuello, que le hacía juego con sus ojos, que también eran azules. Raro este color de ojos en una nena española, pero el padre era un marinero sueco, mucho más no se sabía de él. Era el único tema que la ponía triste a Pilar ¡y era difícil verla triste!

—Che, hay mucha gente para ser tan temprano. Mirá, ahí van las señoras de la nariz parada —dijo la niña señalando con

un gesto de su cabeza. Levantó la barbilla apuntando al cielo, con los ojos mirando hacia abajo y, bamboleándose de un lado a otro, se burlaba de las señoras de clase alta, que habitualmente pasaban por allí.

—¡No te burles, Pilar! ¡Te van a ver!

Ella guardó su pequeña mano blanca debajo del chal de lana verde.

—*¿Mesie, coman ta le vu?*

—¿Qué? ¿Sabés francés ahora? —Finalmente, los dos se pusieron a reír.

—Esas señoras siempre caminan mirando el cielo, pero no se les escapa nada ¡eh! —Robertino estaba ordenando el cajoncito, pero también aportó sus ideas.

—Cuando te miran así te recuerdan que sos pobre— continuó el muchacho con aire pensativo. “Estás repitiendo a tu mamá”, se dijo Robertino. En su casa se respiraban grandes ideales sociales importados de Italia y se hablaba mucho

de política. El niño apenas comprendía las conversaciones de los grandes, pero sentía la energía de esa rebeldía de clase que se vivía en el conventillo.

—Che, me duele la panza. —Era Lorenzo, que también se sentó en la entrada del café. Lorenzo trabajaba con su tío en una panadería. La vereda del bar se convertía frecuentemente en una pequeña asamblea de niños. La placidez del carácter de Robertino y su sonrisa fácil convocaban y reunían a otros niños del barrio que trabajaban en la calle.

—También, si te zampás un montón de roscas calientes ¡cómo no te va a doler!  
—Pilar siempre decía lo que pensaba con voz fuerte. Eso no la ayudaba a tener amigos, pero ella no parecía darle importancia a lo que sucedía después de abrir su boca.

—¡*El Nacional!* ¡*La Nación!* ¡*El Porteño!*  
¡*Diario!* ¡*Diario!* —Era el larguirucho de

Ceferino, que también terminó sentado en el vestíbulo.

—Traje pan caliente para todos. —Con una sonrisa ancha, Lorenzo sacó cuatro diminutos pancitos redondos de color dorado con un aroma ¡irresistible!

—¡Nos falta algo para tomar! —Pilar se empezó a incorporar con alguna misteriosa idea en la cabeza.

—Che, ¿qué es esto? ¿Otra vez asamblea? Vamos ¡rajen de acá! Me espantan a los clientes. Era Aquilino, uno de los mozos del bar. Hombre de unos 30 años, que no se afeitaba bien la barba, siempre tenía un pelo por acá y otro por allá distribuidos irregularmente en sus mejillas. Echarlos del vestíbulo era para él como un ritual que repetía todos los días. Del cinturón le colgaba un repasador blanco desprolijamente doblado.

Se fueron levantando. Cada uno partió en una dirección diferente, todos se iban

con su pancito en la mano. Una vez que quedó solo, Robertino terminó de ordenar las cosas sin levantar la cabeza porque el mozo seguía a su lado.

—Vos te quedás acá para atender a los clientes. —El hombre sabía que todos los bares tenían un lustrabotas en la puerta y este no podía ser la excepción.

—¡Diario, diario! —Se escuchaba ya un poco alejada la voz de Ceferino. Pilar se quedó pegada a la pared de la esquina simulando mirar la vidriera de un negocio, sin prestar atención a que ¡era un negocio de sombreros para hombres! Lo miraba a Robertino preguntando en silencio si se había marchado el mozo. Los tranvías y los caballos ya llenaban la calle salpicando el barro por el que pasaban con sus cascos. Desde donde estaba Pilar, la imagen de Robertino se veía solo de a ratos. Se acercó pegada a la pared, caminando despacio, por fin, sin decir palabra, se acurrucó otra

vez al lado de su amigo. Estuvieron en silencio unos minutos, misteriosamente, Pilar tenía la canasta casi vacía. “¿Qué habrá hecho con las roscas?” pensaba el muchacho, pero no quería preguntar porque ella se lanzaría a hablar sin parar nuevamente.

—¿Se lustra, señor? —A cada hombre que pasaba, Robertino le hacía la invitación. Tenía bien identificados a sus clientes: no debían ser muy jóvenes, ni con trajes de inmigrantes y, en general, usaban polainas relucientes. También había que medir la plata que podían llevar en el bolsillo, a los italianos ni hablar ¡si lo sabría Robertino! Pero el cliente más frecuente provenía de los que entraban en el bar, Robertino siempre esperaba ver, entre ellos, nuevamente a la señora de la capelina blanca.

—¡Se lustra, se lustra!

Ya el sol estaba dominando la escena. Las calles comenzaban a secarse y se

levantaba un fino polvo que molestaba en la nariz.

—¿Me lustrás, pibe? —dijo un hombre delgado de mirada penetrante con un pañuelo negro en el cuello. Llevaba una rosa roja en el ojal de su saco y tenía polainas blancas con botones negros que terminaban en dos botines del mismo color. Cuando Pilar lo vio, se levantó rápido y se fue caminando por la vereda sin mirar para atrás.





# EL COMPADRITO

El hombre era alto y joven, apenas pasaba los veinte, se peinaba con esmero su pelo apretado y reluciente. Los pantalones negros ajustados, todo muy prolijo y atildado. Usaba un chaleco gris, un cinturón de cuero trenzado con hebilla reluciente y una faja de seda. Lo miraba a Robertino con firmeza y complicidad. Su sombrero negro, de ala ancha con una cinta alrededor de la copa, le ponía sombra a su rostro. Se levantó el ala delantera del sombrero y, con una sonrisa inesperadamente cálida, dijo:

—¿Qué contás, pibe?, ¿cómo va esa vida? —Mientras hablaba, puso su zapato con polaina blanca sobre el cajoncito.

Robertino lo conocía, todos en el conventillo de Montserrat lo conocían. También lo veía seguido por el bar, porque venía acompañando a un senador mendocino de apellido Aquiles. Su trabajo era el de guardaespaldas, es decir, estaba encargado de proteger la seguridad de los políticos. Robertino sabía que se llamaba Eustaquio, pero le decían “el bailarín”. Nadie se animaba a mirarlo fijo a los ojos. Sin embargo, Robertino le conocía esa otra mirada tierna, que le alumbraba la cara poniéndole rasgos de niño, él no sentía miedo frente al compadrito.

—Nada, don, solamente esperando a los clientes. —No quería alargar la conversación porque con ese hombre había que ahorrar palabras.

—Ajá, y ¿cómo está la calle? —Agachado miraba con atención cómo Robertino lustraba sus botines. Primero se pusieron oscuros al pasar la crema de lustrar, pero cuando el niño agarró la franela y empezó a tirar de un lado para otro a gran velocidad, los zapatos se iluminaron. Había que poner mucha atención para no ensuciar las polainas.

—Igual que todos los días, don, a la mañana casi nadie y a la tarde se llena. —Le contestó sin dejar de lustrar, levantando de vez en cuando la cabeza como para sostener la conversación.

—Vos tenés que irte a tu casa antes de que caiga la noche. Si querés, te acompaño al conventillo, conmigo no te va a pasar nada.

—Sí, don, gracias. Lo busco si hace falta. —Mientras decía esto, le vinieron a la mente los consejos de su mamá, que le tenía prohibido volver con Eustaquio al barrio.

Nunca se sabía cuándo se iba a armar una pelea si el compadrito estaba presente. Todo dependía de cómo lo miraran, una mirada demasiado fija y ¡zas! ¡Se armaba! “No, Robertino, con ese hombre no”. Sin embargo, él sentía simpatía por el muchacho y admiraba su elegancia al caminar.

De pronto, se armó un revuelo en la puerta del bar. Llegaba un señor que vestía levita, bastón y sombrero. Venía rodeado de unos muchachos muy trajeados, todos con tonada provinciana. Era el senador Aquiles, que entraba en el bar y se encaminaba a la sala del fondo, donde estaban los billares. Pasaron al lado de Eustaquio con cuidado y evitando tocarlo. Robertino sonrió al notar la precaución ¡le tenían un miedo! Uno de los acompañantes le hizo una señal con la cabeza al compadrito para que entrara con ellos. Eustaquio asintió sin sacar el pie del cajoncito de lustrar. Nadie podía apurar a un compadrito, él cobraba su sueldo por proteger al senador, pero no era su sirviente.

—Parece que voy a tener que irme, che. —Robertino no necesitaba ninguna recomendación ya estaba lustrando a máxima velocidad, ahora con los cepillos. Eustaquio encendió un cigarro pequeño y delgado, lanzó una bocanada de humo y recorrió la calle con la mirada. Una mujer pasó con una sombrilla en la mano, miró fugazmente al compadrito, apuró el paso y se alejó por la vereda.

—No te olvides de avisarme —dijo cuando el trabajo estuvo terminado. El compadrito sonrió nuevamente y le dio ¡un peso! Era lo que cobraba Robertino en cinco lustradas.

—Gracias, don. —Agarró la plata y guardó los cepillos rápido. Sabía que no tenía que seguirlo con los ojos, así que se quedó mirando la calle. Pasaba un tranvía con caballos adelante, algunos pasajeros lo miraban indiferentes por las ventanillas.





# Y LA BANDA ESTÁ DE VUELTA

Cuando el compadrito se metió en el bar, Robertino terminó de guardar sus utensilios en el cajón. No tuvo tiempo para completar la tarea, Pilar ya estaba otra vez sentada a su lado corriéndose el flequillo rubio para despejar su frente. Puso su canastita sobre la falda y empezó otra vez con su parloteo, Robertino la escuchaba sin mirarla.

—Vengo de la panadería ¡no sabés la cantidad de gente que había! Se bajaban del tranvía y entraban a comprar los pancitos y las roscas calientes. Un hombre se llevó ¡dos docenas! La verdad

¡son un manjar! ¿Las probaste? Mirá, te traje una. —Sacó una rosca dulce de su canastita cubierta con un repasador blanco impecablemente limpio.

Robertino miró la rosca, sentía hambre, habían pasado varias horas desde la taza de leche caliente que le había preparado su mamá.

—Bueno, voy a probar, hummm... ¡está rica de verdad! ¿Tenés otra? —Mientras hablaba, Robertino examinaba con su mirada a los transeúntes buscando posibles clientes.

—No, no tengo otra... ¡Sabía que te iba a gustar! —A Pilar se le iluminó la cara con una sonrisa de satisfacción. Otra vez se alisó la falda.

Robertino, un poco desilusionado, se quedó masticando su rosca en silencio.

—Llega el mediodía y voy a tener que pasar por mi casa, a esta hora mi mamá espera que yo vaya a buscar la ropa limpia,